



El amor en tiempos de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los '70. Batallas, telenovelas y rock and roll

Andrea Andújar

I.

Corría el año mil novecientos setenta y tantos en la Argentina cuando Candela, un reciente dúo melódico formado por las jóvenes hermanas Inés y Analía García Escariz, alcanzaba renombre entonando un tema de autoría propia donde, con un coro bien cuidado, preguntaba: “¿Quién extenderá tu cama, quién besará tus mañanas, quién tendrá hoy tu mirada, quién acompaña tu marcha?” La mujer que inquiría eso a un varón que ciertamente se había ido no era necesariamente la misma que otro joven, esta vez un rockero, emulaba en “me gusta ese tajo, que ayer conocí. Ella me calienta, la quiero invitar a dormir”¹. Pero guardaba algún parecido con esa tierna “muchacha ojos de papel” que se iba antes del alba, quizá para volver a casa evitando que sus padres descubrieran su ausencia nocturna.

A través del *rock and roll* vernáculo también se colaban algunas voces femeninas clamando rebeldías menos encubiertas. En 1972 Gabriela Parodi, una rockera pionera, grababa un tema que había compuesto llamado “Voy a dejar la casa, papá”. En él le avisaba a su padre no sólo que se marchaba, sino que incluso había un hombre que la esperaba del otro lado de la puerta del hogar y, dándole un beso de despedida en la frente, le ordenaba que no derramara una sola lágrima ante su partida.²

Las jóvenes que como Gabriela o Carolina María Fasulo -una de las primeras cantantes de *blues* en la Argentina-, cargaban su guitarra al hombro y despuntaban sus voces en improvisados escenarios subterráneos, no abundaban en los albores del *rock and roll* nacional, asunto casi exclusivamente de varones. Pero constituían indicios de que, en las décadas de 1960 y 1970, frente al ideal femenino más expandido socialmente, es decir, el de la hija sumisa, amorosa madre y dedicada esposa, otros comenzaban a cobrar forma y abrirse paso.

Guerrilleras, feministas, sindicalistas, rockeras; microscópicas minifaldas o largas túnicas multicolores, armas en la cartera o micrófono en mano, pastillas anticonceptivas escondidas en lugares recónditos del cajón más inexpugnable de la casa, daban cuenta de mujeres con horizontes diversos y experiencias que, no sin contradicciones, iban

¹ El tema “Me gusta ese tajo” pertenece a Luis Alberto Spinetta, grabado en 1971 cuando formó el grupo “Pescado Rabioso”. Spinetta ya había dejado un trazo indeleble en los albores de la historia del *rock and roll* nacional con la formación de “Almendra” en 1968, con quien grabó el tema “Muchacha ojos de papel” al que aludo seguidamente y que comenzaba así: “Muchacha ojos de papel, ¿a dónde vas? Quédate hasta el alba. Muchacha pequeños pies, no corras más, quédate hasta el alba”.

² Gabriela grabó este tema para un disco homónimo. Reconstruir su historia no es sencillo ya que apenas aparece mencionada en las antologías del *rock* argentino. Incluso hasta hace algunos años, pocos sabían que su apellido era Parodi puesto que ella se había encargado de suprimirlo hasta de la cubierta y notas que acompañaban sus discos. Hija de padre diplomático, estudiante de teatro en París y activista durante el “Mayo Francés”, Gabriela incursionó en el *rock* a partir de su regreso a la Argentina a comienzos de 1970. En ese entonces, armó una banda integrada, en guitarra, por Edelmiro Molinari, uno de los “Almendras” y su esposo por algunos años, Litto Nebia en piano, Oscar Moro en batería, y David Lebón en bajo, grabando el disco antes mencionado. Se presentó liderando ese grupo en varios shows y participó en la banda de sonido de la película de Aníbal Uset “Rock hasta que se ponga el sol”, estrenada en febrero de 1973.

constituyendo otras formas de ser y de relacionarse. Esas otras formas albergaron una vasta oposición a los valores, creencias y comportamientos asociados a la generación precedente, al poner en tela de juicio la estructura de la familia, el ejercicio de la autoridad dentro y fuera de ella, el lugar de las mujeres en la sociedad y con ello, las relaciones entre los sexos. Pero también se entremezclaron con las impugnaciones que, alentadas por los elevados niveles de conflictividad obrera y las movilizaciones y protestas populares, una parte de esa generación de jóvenes mujeres y varones impulsó contra la existencia del Estado, las relaciones capitalistas de producción, el imperialismo o la vigencia de un sistema político donde las dictaduras militares y las represiones de la disidencia eran moneda corriente.

Todas esas insubordinaciones se expresaron de diversas maneras. Algunas pasaron por el involucramiento en la militancia política persiguiendo un heterogéneo abanico de objetivos, tales como la lucha por la revolución y la instauración del socialismo, el retorno del peronismo al gobierno o, aunque en mucho menor grado, la emancipación de las mujeres del poder patriarcal. Otras se vincularon con la adopción del hippismo, el ensayo de experiencias de vida comunitarias contrarias a la “sociedad de consumo” y cercanas a la “naturaleza”, o la experimentación con drogas psicodélicas para elevar los niveles de sensibilidad y “comunidad espiritual” con el “cosmos”. Muchos otros jóvenes no se sumaron enteramente a ninguna de tales opciones y adoptaron sólo algunos de los preceptos que estas contenían. Pero compartían la concepción de que el “sistema” – palabra con la que en ese entonces se englobaban todas las esferas de ejercicio del poder y la opresión de la sociedad capitalista- era esencialmente injusto y de que era preciso actuar en su contra (Cataruzza, 2008). Esta noción común a todas las alternativas de rebelión fue uno de los pilares en los que se cimentó una contra cultura que aunó a parte de esta generación y permitió solidificar una identidad que entrelazaba el “ser joven” con la ruptura del “orden establecido”.

Una de las expresiones mayores de esa contra-cultura fue el *rock and roll*. Nació como emblema de rebeldía de una juventud -perteneciente fundamentalmente a los sectores medios- que se auto-celebraba como la expresión máxima de la libertad y que apostaba, a través de él, a colocar a la música en el centro de lo social y en el compromiso con el cambio (Pujol, 2007). Aún cuando su rápida masificación pudo haber estado relacionada con una industria cultural que fue descubriendo un campo fértil de consumo y beneficio en las y los jóvenes, el poder de convocatoria del *rock and roll* residió en la erosión de ese “mundo tradicional” que planteaban sus letras y sus acordes. Entre tales erosiones, una de las más potentes y atractivas era la que refería a los vínculos afectivos e íntimos entre mujeres y varones, donde la prédica del “amor libre” se volvía dominante en sus estrofas.

Pero la adhesión a estas ideas no necesariamente habría conllevado la sustracción absoluta del influjo que el “mundo tradicional” ejercía en el terreno de esos vínculos. Menos aún si ese mundo cobraba forma en personajes cuyas vidas estaban llenas de encrucijadas e intrigas en formato para televisión. Era difícil no enterarse de lo sucedido la ocasión en la que Teresa se había desmayado sobre la máquina de coser con la que trabajaba todas las noches en el comedor de su casa. Cuando volvió en sí, estaba recostada en su cama. Su padre, Don Félix, se encontraba frente a ella preguntándole qué le había pasado. “Me duele el alma”, le contestó rompiendo a llorar. Don Félix adivinó de inmediato que el motivo de tanta tristeza no era otro que el muchacho al que él despreciaba

profundamente y que vivía en la casa de enfrente. Queriendo aplacar el odio que percibió en su rostro, Teresa le suplicó que entendiera que la culpa de su desdicha la tenía sólo ella, ya que era ella la “cursi” que estaba “muriendo de amor en pleno Siglo XX”. La agonía se había precipitado porque esa noche, espiando como siempre detrás de la ventana, Teresa había descubierto que Rolando, el antiguo novio de quien seguía perdidamente enamorada, había sido cautivado por otra: una señorita “copetuda” a la que había conocido manejando su taxi. La cámara fija en el rostro de Teresa con la música de fondo preanunciaban la llegada de la propaganda. ¿Qué pasaría luego? Los dilemas, encuentros y tribulaciones de estos amores eran seguidos apasionadamente por miles de personas que todos los martes a las 22:00 hs. sintonizaban Canal 13 a la espera de un nuevo capítulo de “Rolando Rivas (taxista)”, la telenovela de Alberto Migré cuyo primer ciclo se emitió en el año 1972.

Mezcla de melodrama, folletín, radioteatro y teatro costumbrista, las telenovelas conquistaron la atención de públicos de distintas clases sociales y edades desde que hicieran sus primeras apariciones en 1953. Sus tramas se basaban (y aún lo hacen) en los sufrimientos y sacrificios por las que debía atravesar una pareja -siempre heterosexual-, para arribar a la felicidad, que no era otra cosa que la concreción de la unión matrimonial consagrada exclusivamente por la vía religiosa (Mazziotti, 1993; Gómez, 1996).

Aventurándome en estos productos culturales, tan encontrados en varios puntos y con una circulación tan masiva a la vez, en este trabajo procuro explorar qué significados asignaban al amor y de qué manera edificaban relaciones de pareja las mujeres y varones que, en la década de los sesenta y setenta, impulsaron los intentos de construir un mundo mejor. Si bien mi foco de atención lo constituyen quienes fueron parte de militancia política revolucionaria, el recorrido analítico que propongo contrastará algunos de los relatos recogidos en entrevistas y escritos de activistas de las organizaciones políticas con las semblanzas que, sobre estos lazos, aparecían en las letras de *rock and roll* y en las telenovelas.

II.

Valeria y Claudio se enamoraron en 1972. Ella había comenzado su militancia política en una agrupación estudiantil de la facultad de Humanidades de la ciudad de La Plata, discutiendo con integrantes de partidos de izquierda. Finalmente decidió incorporarse a las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), organización político-militar de izquierda creada en 1968. Fruto de un amor de su adolescencia y un temprano casamiento, Valeria tenía un hijo que quedó a cargo de su madre y su padre cuando ella fue detenida y trasladada al penal de Rawson en 1971. Luego de la masacre de Trelew el 22 de agosto de 1972, su destino fue la cárcel de Devoto donde, a partir de discusiones políticas mantenidas por medio de señas, papelitos escritos en clave y otras formas que permitían burlar la guardia penitenciaria, trabó relaciones con Claudio.

Ni haberse visto casi y menos aún tenido contacto físico constituyeron obstáculos para el comienzo de una relación de pareja entre ellos. Más bien fueron los hallazgos de las coincidencias ideológicas y políticas las que dieron nacimiento al afecto. Fue recién el 25 de mayo de 1973 cuando ella y Claudio, franqueando las salidas de los pabellones de la capitalina cárcel de Devoto al calor del *Devotazo*, pudieron encontrarse frente a frente. Fue ese día también cuando Valeria volvió a reunirse con su pequeño hijo. A partir de allí, los tres comenzaron una vida juntos en la que la militancia de ambos se conjugaría con el amor

y con la crianza del niño.

Las elecciones de Valeria enfurecían bastante a su madre quien, si bien nunca había logrado impedir que su hija hiciera lo que deseaba, hubiera preferido que los avatares de la vida de la joven se parecieran más a los de Mónica Helguera Paz, la heroína de la trama de “Rolando Rivas (taxista)”.³

Mónica, una adolescente de “clase acomodada” recién salida de la escuela secundaria, atrapaba a sus seguidoras con los entreveros del amor correspondido pero pleno de impedimentos que sentía por Rolando, un joven taxista huérfano cuyo único refugio ante los embates del destino era el brindado por sus “amigos de fierro”, otros taxistas. El principal inconveniente para la concreción de la relación amorosa, apostada en el casamiento de la pareja, era la diferencia de clases, claramente expuesta por un tercero en cuestión, Juan Marcelo Etchenique, un joven de prometedora carrera profesional, también él enamorado de Mónica y su tutor legal luego de la muerte de su padre. Sería esta diferencia de extracción social la que, aún cuando salvada en un principio, terminaría imponiéndose y conduciría a un final poco común en las telenovelas de la época: la ruptura de la pareja ocurrida durante el segundo ciclo de su emisión. En efecto, Mónica y Valeria eran distintas. ¿Pero lo eran los conceptos del amor que la mujer ficcionada y la de carne y hueso profesaban?

Si nos adentramos en la trama de la telenovela, no es difícil notar que Migré era permeable a introducir en ella muchos elementos que remitían al contexto social y político de la época. Así, por ejemplo, Rolando tenía un hermano guerrillero, casado y con hijos, muerto en el capítulo octavo en un enfrentamiento con las fuerzas represivas. Además, Rolando no encarnaba al típico galán recio, característica común de los protagonistas que lo habían precedido. Al contrario: no sólo los desencuentros con Mónica le impedían comer sino que, para no preocupar a Noemí, su hermana mayor, lavaba los platos luego de arrojar al tacho de basura la comida que ella le dejaba preparada todas las noches.

Por su parte, Mónica se había rebelado contra los preceptos de su padre y de su clase, enamorándose de un joven carente de un “puerto seguro”, de un futuro definido, por quien ella estaba también dispuesta a abandonar la vida sin sobresaltos que su situación económica le habría deparado. Las diferencias de clase en la pareja protagónica no eran en absoluto novedad de esta telenovela. Por el contrario, solían ser el principal escollo que debían salvar los enamorados en la tradicional producción del género. Sin embargo, adquirirían un matiz distinto en una sociedad donde estas diferencias estaban siendo fuertemente cuestionadas. Que primaran finalmente, bien podía constituir un eco en la telenovela de Migré de la imposibilidad de la convivencia entre clases antagónicas, proclamada y practicada por quienes creían, como Valeria, la militante de carne y hueso, que sólo la revolución anticapitalista crearía una sociedad igualitaria.

Pese a los indicios de alguna manera novedosos, la mayoría de las mujeres de “Rolando Rivas (taxista)” respondían a las características de un modelo menos inquietante que el que estaban forjando aquellas a las que presumiblemente pretendían reflejar. Generalmente, las escenas en las que aparecían las mostraban o bien en su habitación o bien sentadas en torno a alguna mesa: la del living, si se trataba de Mónica y su amiga

³ “Rolando Rivas (taxista)” fue cosechadora de un enorme éxito que incluso tuvo a muchos varones como fervientes seguidores- Esta telenovela tuvo dos ciclos (emitidos en 1972 y 1973, respectivamente) y dio origen a una película homónima que se estrenó en 1974.

confidente, o la de la cocina, si se trataba de las mujeres del entorno familiar o social de Rolando. Aún cuando entre estas últimas había una que se ganaba la vida como taxista, mayoritariamente las actitudes de las mujeres se enmarcaban en la pasividad, solamente interrumpida ante un “emocionante” sonar del teléfono o un furtivo escape a la espera del encuentro con el ser amado. En el caso de la protagonista, ello habilitaba ganar la calle más despreocupadamente, manteniendo a buen resguardo la candidez casi virginal que la caracterizaba⁴. Si alguna mujer traspasaba esos “límites”, lo hacía en el marco de ocupar el lugar de la malvada de la trama, cuya mera existencia constituía una “prueba” más por la que debía pasar el amor de la pareja. Tal el caso de Matilde, la viuda del guerrillero, que asumía posiciones de activa seducción y manifiesto deseo sexual hacia su cuñado Rolando.

A su vez, el tipo propuesto de relación amorosa que recaía en la pareja protagónica se asentaba en tres pilares que no cuestionaban el tradicional modelo del amor: un amor heterosexual, monogámico y con miras a la construcción de una familia constituida por medio del casamiento. En tal propuesta, la mujer, cuya fortaleza de carácter se orientaba a la lucha por estar con su amado, terminaba mimetizada en su deseo con él cuando tal encuentro se producía. Así lo dejaba entrever Mónica cuando confesaba a su madrastra respecto de Rolando: “Yo no quiero nada que él no quiera”. Pero esta simbiosis no era el único horizonte posible para las mujeres ni para sus amores. Al menos no para aquellas que movían sus piernas al ritmo del *rock and roll* o inspiraban algunas de sus letras.

III.

Convulsionada por insurrecciones obreras y populares, saturada de recurrentes dictaduras militares, atenta a las guerras anticolonialistas y revoluciones en varios lugares del mundo, no fue difícil para una parte de la sociedad argentina, sobre todo para muchos de sus jóvenes varones y mujeres de los sectores medios, agenciarse y recrear a la vez un movimiento musical que hacía del rechazo y la insubordinación a los cánones sociales vigentes su motivo de existencia.

Para mediados de la década de 1960, pocos de estos jóvenes habían quedado al margen del influjo de los *Beatles* –menos aún después de la filmación en 1964 de “Anochecer de un día agitado”–, luego de sucumbir a los movimientos pélvicos que convertirían a Elvis Presley en monarca por varios años. Así, comenzaron a surgir programas televisivos tales como “Ritmo y Juventud” y “El Club Del Clan”, que proclamaban la llegada de una nueva ola musical. Palito Ortega, Johny Tedesco, Jolly Land, Violeta Rivas, Chico Novarro, Sandro y “Los del Fuego”, entre otros, asumieron la vanguardia juvenil del momento. Pero el cambio no pasaría por ellos.

Fueron más bien otros quienes consumaron la avanzada de una nueva “filosofía de vida” que, al ritmo del *rock and roll*, se ponía de manifiesto no sólo en el pelo largo o el estilo de vestir, sino que abordaba a cara descubierta la desautorización de los uniformes, la preferencia por la paz antes que la guerra o la valorización de lo comunitario frente a lo individual.

Esos otros, que al principio formaban grupos tales como los “Shakers” -integrado por los uruguayos hermanos Fattorusso- y que cantaban en inglés, comenzaron a atreverse a

⁴ Otras particularidades de los personajes femeninos que encarnaban a la “buena” mujer era el sufrimiento silencioso y la abnegada entrega, características puestas en Teresa, la novia de Rolando antes de la llegada a su vida de Mónica y a quien hice alusión en el comienzo de este trabajo.

ponerle al *rock* letras en castellano, entonando sentimientos y vivencias que casi siempre tenían por detrás un paisaje urbano. Así, en una rápida secuencia, aparecieron los “Beatniks”, integrado Mauricio Birabent -más conocido como Moris-, y Pajarito Ziguri, cuyo disco simple “Rebelde”, lanzado en 1966, logró vender 200 copias. También en 1966 “Los Gatos Salvajes”, banda constituida en la ciudad santafesina de Rosario e instalada en Buenos Aires en 1965, sacaron a la calle otro disco simple que alcanzó un rotundo éxito con sus dos temas “Ayer Nomás” y “La Balsa”, al vender 200.000 copias. Tal cifra dejaba en claro que el naciente escenario musical, situado en principio en plazas, bares, pensiones y albergues, comenzaba a ocupar un espacio social que en poco tiempo congregaría a miles de seguidores y se alimentaría con el impulso de nuevas bandas. Recitales armados desde revistas organizadas en torno al aire rocanrolero, que lograban reunir a más de 50.000 personas en la segunda presentación del B.A Rock en 1971, por ejemplo; el interés por editar los discos de los nuevos grupos, ya fuera mediante sellos musicales autóctonos – como Mandioca- e internacionales –como RCA o CBS-; las cuantiosas presentaciones en teatros y estadios, e incluso alguna que otra película, daban cuenta del auge del *rock and roll* en estas latitudes, pese a las constantes persecuciones, razzias policiales y prohibiciones de distinto tipo que intentaban acotarlo.

Los lazos amorosos que se tejían en sus estrofas poco se parecían a aquellos que se corporizaban en las voces de Mónica Helguera Paz y de Rolando Rivas. Aunque circunscriptas a un vínculo sostenido por una pareja heterosexual, la relación mujer-varón podía adquirir allí diversas connotaciones y posibilidades. Así, en algunas ocasiones, había expresiones que combinaban fugacidad en el encuentro con explícito deseo sexual. Tal era el caso, por ejemplo, de un tema compuesto por Norberto Napolitano, más conocido como Pappo y de cuya guitarra salieron quizá las mejores cadencias del *blues* local, cuando en 1972, con su banda “Pappo’s blues”, grababa: “Yo sólo quiero hacerte el amor e ir caminando un rato bajo el sol. Y de un momento a otro te diré, que tengo que dejarte otra vez”. En ese sentido, las expresas referencias al acto de hacer el amor quebrantaban ciertos tabúes sobre la sexualidad de la generación precedente al tornarla parte de lo decible públicamente, pero también, al plantearlas como el condimento de un encuentro momentáneo que, por tanto, no implicaba relaciones duraderas o contratos de matrimonio.

En otros casos, no eran los varones los que aparecían como los únicos sujetos activos del deseo sexual. Por el contrario, este podía residir también en jóvenes mujeres que como Catalina, sabían “el argumento de la sábana rota por amor”, según estrenaban “Pedro y Pablo” en 1971. O incluso iban más allá, proponiendo relaciones en las que no se precisaba del amor como permiso para el placer. A ello incitaba Carolina María Fasulo o Carola, según figuraba en “Damas Negras”, su único disco y grabado en 1974, cuando en el bluseado tema “María Corazón”, proponía: “María Corazón, ubicáte bien el coxis (...) valorá tus buenas gambas, Isadora Súper Stone. Dale duro a la matraca, al carajo lo demás.”

Por otro lado, en esta liberalización de las relaciones, englobada bajo el paraguas del “amor libre” y que reconocía en las mujeres una capacidad de iniciativa similar a la de los varones, no desaparecían necesariamente ciertas figuras tradicionales como la del novio formal. Pero el modelo se presentaba como la antítesis de lo que se suponía ansiaban el padre y la madre de la chica en cuestión. En “Siempre es lo mismo, nena”, también perteneciente a la banda “Pappo’s blues” y grabado en 1973, se podía escuchar: “(...) tu madre y tu padre están convencidos de que un vago soy. Siempre es lo mismo, nena, si

hasta parecen dos verdugos en plan de ejecución (...) Siempre es lo mismo, nena, el novio de la nena doctor tiene que ser (...)”. Aquí, las marcas de la ruptura generacional quedaban impresas en las elecciones amorosas de las mujeres jóvenes. En lugar del “doctor”, título de una carrera profesional que para las generaciones anteriores simbolizaba el acceso y la manifestación del progreso económico y el prestigio social, las hijas preferían al “vago”, personificado en el varón rocanrolero que escogía ser un marginal del “sistema” y desechaba la búsqueda de las comodidades de la vida burguesa.

En tanto expresión cultural de una sociedad controvertida en la que proyectos colectivos se conjugaban con búsquedas individuales de un mundo mejor, las propuestas sobre los vínculos amorosos que circulaban a través del *rock and roll* eran producto y se plegaban a las transformaciones que intentaban provocar mujeres y varones de distintas clases sociales y experiencias políticas. Pero ¿tenían puntos de encuentro con las relaciones amorosas forjadas por aquellas/os que habían optado por la militancia política y la revolución? Para contestar esta pregunta, comencemos entonces a adentrarnos en las experiencias vitales de algunas/os de ellas/os.

IV.

Como usualmente ocurría cuando había asamblea, la policía merodeaba con más frecuencia en las puertas de la facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. Si recibían la orden, ingresarían para disolver la reunión estudiantil en la que se discutía la posibilidad de abrir cátedras paralelas en “materias que estaban a cargo de profesores de derecha o que impedían la discusión”, rememoraba Valeria. Era el año 1968 y faltaba poco para que se cumpliera otro aniversario del golpe de Estado que, dos años antes, había puesto al General Juan Carlos Onganía en la presidencia de la Argentina.⁵ Quienes participaban de la asamblea, incluida Valeria -que había ingresado hacía poco a la carrera de Psicología,- estaban inquietas/os por la presencia policial. A nadie se le había olvidado lo ocurrido la noche del 29 de julio de 1966, cuando la guardia de infantería policial invadió la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires descargando garrotazos y gases lacrimógenos sobre estudiantes y docentes. Tampoco era lejano el recuerdo de la muerte del estudiante Santiago Pampillón, asesinado en septiembre de 1966 durante la represión a una asamblea estudiantil en la ciudad de Córdoba. Aunque ese día en La Plata tuvieron suerte y la reunión terminó sin sobresaltos, algunos habían comenzado a plantear, casi en susurros, que había que desafiar a la dictadura y la violencia que ejercía con algo más que asambleas y movilizaciones. Para Valeria, que había iniciado su activismo político en el centro de estudiantes universitario, la decisión no fue sencilla y exigió largas discusiones con sus compañeros más cercanos. Sabía que podía írsele la vida en ello; pero finalmente resolvió que la mejor herramienta para enfrentar la violencia estatal era la lucha armada. Y optó por integrarse a las FAL, aunque no supiera nada de armas y mucho menos de tácticas de combate.

Las mujeres que ingresaban a las organizaciones político-militares poseían varias características en común. Generalmente, su inserción en el partido político era a través de un hombre -el novio, el amigo o el hermano-, o por su ingreso a la universidad (Andújar,

⁵ El golpe de estado se produjo el 28 de junio de 1966 y depuso al presidente Arturo Illia. La dictadura iniciada en esos momentos, que se autodenominaría “Revolución Argentina”, permanecería en el gobierno hasta el 25 de mayo de 1973, fecha en que asumiría el presidente constitucionalmente electo Héctor Cámpora.

1999; Pasquali, 2005). Este último espacio implicaba la salida del control familiar primario y el acercamiento a “otros mundos” en donde las discusiones políticas y teóricas sobre la realidad y la presencia de organizaciones políticas y estudiantiles se volvían polos atractivos de participación.

Muchas eran de clase media urbana -al menos en los orígenes de las formaciones guerrilleras-, jóvenes y mayoritariamente carentes de militancia política previa. Algunas establecieron vínculos de pareja sólidos y fueron madres dentro de la organización, rompiendo las relaciones amorosas en el exilio durante la segunda mitad de los setenta.

Un caso paradigmático de estas trayectorias fue el de Alejandra, una militante que comenzó su actividad política en la universidad durante el año 1970. Allí conoció a un estudiante que “fue el primero que me habló de las ideas del Che, también fue quien me inició sexualmente” (Diana, 1996: 28). Con él ingresó a militar en una organización política-estudiantil de izquierda y con él se casó. Pero pasado un tiempo, la relación comenzó a deteriorarse. Alejandra recordó que cuando intentó decirle que entre ellos no había diálogo ni pasión “me contestó que un militante no tenía que tener hijos ni mujer, porque el amor lo aferraba a la vida y la vida había que estar dispuesto a darla por la revolución. Su respuesta me conmocionó, pero no discutí con él porque me pareció que esas inquietudes mías eran debilidad política.” (Diana, op. cit.: 29).

De este relato se desprenden varias cuestiones. La primera es la que concierne al sentido asignado al amor y a la importancia de los vínculos amorosos. La palabra “amor” puede referir a varios tipos de relaciones que, como en este caso, poseen un ordenamiento jerárquico y a veces, contrapuesto. Según las expresiones de Alejandra, su compañero, y creo que finalmente ella también, contrastaba al menos dos sentidos: el amor de pareja y el amor a la revolución. Este último adquiriría un lugar de mayor relevancia manifiesta en la cuestión de “estar dispuesto a dar la vida”. Así, el “pueblo”, expresión sintetizadora del colectivo social por el cual se luchaba, merecía un amor mucho mayor que un individuo. Y esto era del todo coherente con las líneas de acción planteadas por las organizaciones políticas en cuanto a privilegiar más las necesidades e intereses del colectivo social que aquellas devenidas de los vínculos personales o que remitieran al individuo. Este amor por el “pueblo”, además, podía conducir a la muerte, mientras que el sentido por “los hijos o la mujer” aferraba a la vida. De tal suerte, el vínculo amoroso ingresaba en la arena de las oposiciones colectivo-individual, muerte-vida, pudiendo funcionar el amor de pareja como un freno para el amor hacia los otros o de la capacidad de dar la vida por esos otros.

Es probable, asimismo, que en estas consideraciones sobre el amor influyeran, al menos, dos paradigmas básicos. El primero era el paradigma guevarista del “hombre nuevo” encarnando en un varón, héroe cotidiano y líder de las masas, cuyo destino estaba signado por la construcción del socialismo. Poco de eso reenviaba a sus relaciones íntimas, enmarcadas presumiblemente además, en una heterosexualidad difícil de discutir públicamente en esos momentos.

El segundo estaría relacionado con el ideario católico del “amor al prójimo”, reforzado por los cuadros de la iglesia aunque desde lugares antagónicos. Así, por ejemplo, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, organización surgida en 1967 como fruto de la renovación eclesial planteada en el Concilio Vaticano II e inspiradora de la teología de la liberación, proponía un estrecho lazo entre la actividad política y la religiosa, orientando ambas a la opción por un sector específico de ese prójimo: los pobres. Esta

elección sustentaba una práctica política de abnegada entrega a la lucha por la liberación de los sectores más explotados y oprimidos. Ello contemplaba no sólo una oposición abierta a la dictadura militar, oposición que en algunas derivas de sus influencias adoptaba la lucha armada, sino también que el amor “por los pobres” debía anteponerse a cualquier otra cuestión.⁶ Aún cuando muchas nociones fuertemente enraizadas con el ideario de la iglesia católica sobre el amor estaban siendo socialmente cuestionadas (tales como el ejercicio de la sexualidad mediado por el matrimonio y el destino reproductivo, o la exigencia de la virginidad en las mujeres), es posible suponer que algunos de sus principios -como por ejemplo el contenido en “dar la vida” por los otros-, mantuvieran vigencia en ciertos sectores de la militancia, sobre todo si eran sostenidos por grupos considerados como revolucionarios o “progresistas”. Y eso podía no ser ajeno incluso para aquellas/os militantes que carecían de la adscripción religiosa al catolicismo e integraban organizaciones políticas de izquierda o marxistas, tal como en el caso de Alejandra.⁷

Asimismo, es interesante resaltar que si bien la respuesta de su compañero a sus inquietudes sobre la falta de diálogo y pasión en su pareja la conmocionó, ella no se habría sentido legitimada para expresar ese sentimiento en tanto su reclamo aparecía para sí misma como una debilidad y, además, política. ¿Qué significaba esto?

Uno de los cuestionamientos que circulaban con mayor facilidad entre los y las activistas políticos referían a las “debilidades” devenidas de actitudes *pequebu*, diminutivo de pequeño-burguesas. Con ello se hacía alusión a comportamientos que remitían a principios, ideales y modos de vida de los sectores de clase media o burgueses, anti-populares por tanto o alejados de lo considerado “proletario” y, en consecuencia, revolucionario. Generalmente a estos comportamientos se los relacionaba con actitudes individualistas o demandas vinculadas con la “vida personal”, tales como necesidades en cuanto al uso del tiempo propio que pudieran poner en segundo plano la “entrega total a la militancia” o el desarrollo de ciertos gustos ligados al consumo de cosas o de productos culturales como la música de rock, altamente criticada en algunas organizaciones por considerársela parte del imperialismo norteamericano o inglés. También podía referir al disfrute de ciertas “comodidades” o de un “buen pasar económico”, así como el colocar los problemas individuales por encima de los sociales. Consecuentemente, la recriminación de ser *pequebu* ponía en tela de juicio el nivel del compromiso militante con la revolución. En ese sentido, Alejandra no habría estado dispuesta a ser cuestionada desde ese lugar y de ahí, posiblemente, su silencio.

Por otra parte, los espacios para el nacimiento de los lazos afectivos de pareja y aquellos que expresaban el compromiso con la revolución generalmente se mixturaban y

⁶ Un exhaustivo estudio sobre el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo se encuentra en el trabajo de Claudia Touris en esta misma compilación. Allí la autora enfoca su análisis en el impacto de la renovación conciliar y la ideología tercermundista entre las congregaciones religiosas femeninas.

⁷ De hecho, el historiador Pablo Pozzi señala que muchos de los primeros militantes que conformaron una de las organizaciones político militares marxistas más importantes, el partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) provenían de familias católicas y habían asistido a escuelas primarias o secundarias de curas. Esto explicaría, al menos parcialmente, que dentro de la cultura partidaria de esta organización se reivindicaran “valores cristianos como el ser callado, la humildad, la dedicación, la simpleza” (Pozzi, 1996:107; y 2001: 132). Asimismo, en *Moral y proletarización*, un documento central del PRT-ERP publicado en 1972, se definían como auténticas virtudes proletarias, entre otras, la tenacidad, la generosidad y el amor al prójimo (De Santis, 1998: 99).

para muchas/os militantes, podían volverse indisolubles. De tal manera, construir relaciones amorosas fuera de sus organizaciones se tornaba prácticamente impensable. Según relata Tina, una activista que estuvo primero en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y luego en Montoneros, “las relaciones con los compañeros eran en el marco de la lucha. No hubiéramos podido concebir una pareja fuera de la militancia” (Diana, op. cit.: 47). Ello podía obedecer a diversas razones. La primera es quizá la más obvia. En tanto el compromiso con la actividad política demandaban la casi totalidad del tiempo cotidiano, era escaso el que se destinaba a otras ocupaciones o incluso a pasatiempos que permitieran el contacto fluido con quienes no estuvieran insertos en la militancia. Así, el universo de las relaciones afectivas quedaba primordialmente enmarcado y constreñido a los espacios de la acción política.

En segundo lugar, esa práctica militante que englobaba la vida entera fortalecía afinidades y niveles de confianza y entrega originados en compartir ideales comunes y principios de vida, donde las “sintonías” afectivas nacían también porque había otras “sintonías” (las políticas) y una cotidianeidad en el contacto casi permanente.

A su vez, si ambos integrantes de la pareja participaban conjuntamente de las actividades políticas, las fricciones devenidas de un mayor tiempo dedicado a la militancia que a la relación íntima podían ser menores. Incluso, el intento de incorporar a las compañeras o esposas de los militantes a partir básicamente de la visión que se tenía de su influencia en la vida familiar y en el resto de los integrantes de la familia o, sencillamente, para que no obstaculizaran la militancia de los varones, llegó a ser parte de un objetivo de acción para algunas organizaciones. Fue en estos términos, por ejemplo, como la dirección del PRT-ERP decidió crear en 1973 el Frente de Mujeres, un nuevo ámbito para la actividad política de masas que debía ponerse en práctica en todas las regionales del país y que estaba destinado a desarrollar el trabajo político entre las mujeres de los sectores subalternos (Pozzi, 2001; Martínez, 2008). Sin embargo, un año más tarde, este frente sólo se había puesto en marcha en Córdoba y Buenos Aires. Ante la evidencia de la dificultad para llevar a cabo la tarea pero también remarcando su importancia, una nota de un boletín interno del PRT-ERP argumentaba que “nos encontramos con compañeros que tienen capacidad y responsabilidad de convertirse en cuadros profesionales y esto se ve dificultado por problemas con sus compañeras (...)”⁸. Estas palabras revelarían algunas concepciones que tenían los dirigentes de estas organizaciones sobre cómo funcionaban o debían funcionar los vínculos afectivos, el lugar que varones y mujeres ocupaban en la sociedad, pero también el que debían tener en el partido y en la revolución.

Aún cuando muchas de las propias activistas del partido no habían ingresado motivadas por cuestiones que tuvieran que ver con la maternidad –real o potencial- ni con las actividades y preocupaciones devenidas del “espacio doméstico”, en los militantes varones del PRT-ERP primaba una visión que colocaba a las mujeres como “guardianas del hogar” y, consecuentemente, cercenadoras/facilitadoras de las libertades de los otros –sus esposos-. Esto no quiere decir que ellos jamás hubieran percibido que, en esa “vida hogareña”, las cosas eran más bien al revés.

⁸ Boletín interno del PRT-ERP Nro. 57, abril de 1974. Citado en Pozzi (2001: 243). La referencia a “cuadros profesionales” en esta cita no necesariamente remitía a que fueran militantes rentados que dedicaban todo su tiempo a la actividad política, tal como en otros casos, sino exclusivamente a que se disponían enteramente a la militancia revolucionaria.

De hecho, en *Moral y proletarización*, un documento escrito por un militante, publicado en 1972 y sumamente leído por los y las activistas de esa organización, se sostenía que “debemos comprender que nuestra pareja o nuestros hijos no son objeto de nuestro placer o nuestras necesidades” (De Santis, op. cit.: 109). Tal “cosificación de las relaciones humanas”, según se señalaba, y la subordinación entre las personas derivada de ello, eran parte de los ideales y estilos de vida burgueses, a los que había que combatir con tanto ahínco como al aparato de dominación político y represivo del que disponía esta clase social. Ello exigía entonces, construir una moral revolucionaria opuesta a la burguesa, aunque, visto retrospectivamente, ese cometido estuvo bastante lejos de lograrse en algunas cuestiones, tales como ciertos aspectos relativos a la concepción sobre la familia, la crianza de los hijos y el papel de la mujer.

Estos temas ingresaban en el terreno de esa disputa ideológica y en tal sentido, se argumentaba que “en la sociedad burguesa, la mujer, sobre todo la mujer obrera, constituye un sector explotado particularmente (...)” (De Santis, op cit: 114). La definición sobre esa particularidad alineaba la condición de ser mujer con la pertenencia de clase y dentro de ello, con la relación laboral. Así, explicaba que “es bien visible la doble explotación a la que se las somete en forma de salarios inferiores, condiciones de trabajo peores que las de los hombres y hasta atentados a su pudor por parte de los patrones o el personal jerárquico” (De Santis, op. cit.:115). En base a este diagnóstico, se convocaba a incorporar, como parte de las reivindicaciones de las organizaciones revolucionarias, “la liberación de la mujer, particularmente de la mujer proletaria” (De Santis, op.cit.:115). La opresión de las mujeres, entonces, quedaba en segundo plano, subsumida y desdibujada ante la explotación de clases. Más aún cuando se expresaba que la importancia de cooptarlas devenía de “la influencia que la mujer tiene en la familia”⁹. En tal sentido, el objetivo de incorporar a las “mujeres proletarias” a la militancia política no se anclaba en ellas como fin, sino como el medio para la incorporación al partido del “verdadero” cuadro revolucionario, ese varón obrero cuyas potencialidades podían desarrollarse si su “compañera” evitaba constreñirlo con las cotidianidades hogareñas.

Quizás en este enfoque que las ubicaba como apéndice de la militancia masculina, podría hallarse una de las claves para comprender los obstáculos que entorpecieron el desarrollo del Frente de Mujeres¹⁰. Si efectivamente muchas de las esposas de los trabajadores a los que el PRT quería orientar su acción, vivían subsumidas a las tareas domésticas como parte fundamental de sus actividades y sujetas a los tiempos y ritmos de vida acordes a las necesidades de maridos, hijos, etc., ¿por qué interesarse en participar de un espacio político que, aunque reconocía su opresión, pretendía en definitiva que ellas aceptaran mantener su tradicional lugar en pos de la revolución y hasta tanto triunfara el socialismo? Y, por otro lado, para las mujeres militantes del partido, ¿qué atractivo podía tener esforzarse en crear un ámbito de militancia que las reenviaba a un “mundo femenino” del que no sólo no se sentían parte sino que incluso rechazaban en tanto representaba un arquetipo de mujer diametralmente opuesto al modelo de combatiente guerrillera a la que aspiraban en convertirse? Además, si el eje de la confrontación social y política era puesto primordialmente en la explotación de clases, ¿qué atractivo podía tener participar en un

⁹ Boletín interno del PRT-ERP Nro 41, 27 de abril de 1973. Citado en Pozzi (2001:243)

¹⁰ En realidad, la apertura del Frente de Mujeres en Córdoba y Buenos Aires sería finalmente en 1974. Pero para 1975 ya no existían y el proyecto sería definitivamente abandonado

ámbito vinculado a la “cuestión de la mujer”, tan distanciado del lugar de la “barricada” del enfrentamiento contra el orden social?

Igualmente, en esa “barricada”, se les recordaba a las militantes cuál era su lugar posible, si se sigue la explicación que el ERP daba sobre la importancia de las mujeres en la guerrilla rural tucumana. En un documento de diciembre de 1975 se sostenía que las mujeres “han contribuido a mejorar el orden, la calidad de las comidas y la higiene en general (...) Cuando notan a un compañero decaído, inmediatamente se acercan a preguntarle qué sucede”.¹¹ Así, por mucho empeño que las militantes pusieran en ocultar comportamientos y aptitudes asociadas a su sexo –como la “sensibilidad” o la importancia de los vínculos de pareja en la vida cotidiana-, se volvían a privilegiar una y otra vez aquellas “cualidades femeninas” que vinculaban a las mujeres con la capacidad cuidadora, maternal y con la compañera marital.

De todos modos, no fue el PRT-ERP el único partido que las ubicó en este lugar. Algo similar ocurrió también en la organización Montoneros. Si se revisa su estructura de dirección, fueron escasas las que ocuparon dichos espacios y, a su vez, el interés por la situación social de las mujeres tampoco tuvo entidad propia. Acorde lo demuestra la historiadora Karin Grammatico sobre la formación de la “Agrupación Evita”, frente de inserción social creado por Montoneros para el trabajo político con las mujeres de los sectores subalternos, las razones que llevaron a iniciar la construcción de este espacio estuvieron mucho más relacionadas con la disputa política con los sectores ortodoxos del peronismo y en particular con la “Rama Femenina”, que con una perspectiva anclada en el cuestionamiento de las desigualdades de género (Grammatico: 2007).

En algunas ocasiones, por otra parte, la construcción de relaciones de pareja podía suscitar fuertes controversias dentro de una organización, abandonando el ámbito de la intimidad. Era posible que formara parte, por ejemplo, de un temario de discusión de célula¹², sobre todo cuando se trataba del quebrantamiento del vínculo amoroso o, incluso, de su posible inicio. El testimonio de una militante del PRT-ERP reúne algunos indicios de esta “publicidad” de los lazos afectivos: “Terrible lo que me pasó. Un compañero que era del frente militar que quiere formar pareja conmigo habla con su responsable, no conmigo. El responsable regional habla con mi responsable regional que era una mujer. Entonces viene la compañera y (...) me habla del asunto de la vida corta, que no me haga la exquisita, que este compañero es de primera”. Para conocerlo, la militante debía pasar al frente militar. Como ese frente le atraía -incluso más que la idea de formar una pareja-, aceptó el cambio. Comenzó una relación amorosa con él que condujo, finalmente, al casamiento. Sin embargo, las cosas no funcionaban para ella, cuestión que planteó en una reunión con su responsable. Acorde siguió narrando, “(...) le propuse a la compañera que nos separáramos porque no iba más. Pero hubo que plantearlo al responsable de célula. (...) El responsable dijo ‘yo no lo puedo resolver’. Entonces yo dije: ‘Este es un problema de pareja. Se lo contamos porque vivimos en la misma casa, para que sepa que estamos separados’. Entonces dice: ‘tiene que haber una reunión con el responsable regional’. Vino el responsable regional (...), convocó a la célula y dice: ‘bueno, la opinión de todos los compañeros de la célula acerca del comportamiento de la pareja y en especial de la

¹¹ *Estrella Roja* Nro. 65, 1ero. de diciembre de 1975. Citado en Pozzi (2001: 240).

¹² Las células eran organismos integrados por militantes de un partido político, constituidas como espacio de debate, discusión y ejecución de las acciones políticas acordadas.

compañera' (...)"'. Cada uno de los allí presentes fue emitiendo su opinión, sosteniendo que no había problemas en que siguieran en la misma casa aunque separados "porque ellos se llevaban bien". Pero el marido expresó que él la quería y no deseaba separarse. Ante ello, el responsable sostuvo que el problema era que ella era una *pequeño-burguesa* y él era un obrero. Por tanto, no se trataba de una cuestión afectiva sino de clases. Así, terminó proponiendo una "tregua por 15 días" para ver si las cosas entre ellos se podían arreglar. En el día 14, ella cayó presa.¹³

De este relato se pueden extraer diversas cuestiones. La primera es el criterio que primó en la promoción de la militante hacia el frente de acción militar y la forma en que se llevó a cabo. Lejos de sus cualidades para asumir la lucha armada, se tomó como base el deseo de un varón por ella, varón que además "negoció" en principio con otro varón. Cuando una mujer intervino en la cuestión, lo hizo justificando que él era muy buen compañero y que la vida era breve como para ponerse a elegir –al menos, en el caso de la mujer-.

El segundo punto subrayable refiere a la descalificación del planteo de separación al exponerlo como una cuestión de clase originada en la condición "pequeño-burguesa" de la mujer. Es plausible presumir que si el planteo hubiera sido del obrero, el argumento de la extracción de clase habría tenido un peso menor aunque seguramente también de utilidad para cuestionar a la mujer, pero a la inversa. Ello así habida cuenta de que el papel asignado por las organizaciones a la clase obrera en tanto sujeto revolucionario privilegiado, les daba a los integrantes de tal clase social una suerte de legitimidad *a priori* respecto de sus prácticas, sus palabras y también, como puede observarse, de sus sentimientos.

En tercer lugar, no se puede desatender que este planteo de separación se había producido dentro de una célula militar. Así, las rispideces, peleas, celos, etc., ocasionados en este particular frente podían comprometer la seguridad de sus integrantes o el éxito de un operativo de carácter militar. Empero, esta clase de discusiones no era privativa del frente militar. En otros ámbitos de militancia también había lugar para estos debates ya que todo lo concerniente a la vida de los y las militantes estaba atravesado por su involucramiento político.

Por otro lado, la experiencia de esta mujer guarda una semejanza insoslayable con la ya expuesta anteriormente sobre Alejandra: las inquietudes y rupturas planteadas por mujeres en las relaciones de pareja, parecían no escapar a acusaciones relativas a las debilidades *pequeño-burguesas*. Con ello se negaba la autonomía de ellas para decidir cuándo y con quién estar, por un lado. Y se fortalecía, por el otro, una concepción del amor duradero (ante una vida que bien podía ser muy corta) y "casamentero" (aunque se desechara la unión de blanco y por iglesia, como narraron muchas militantes).

Incluso había otro prisma que influía en las concepciones sobre las relaciones de pareja. El mismo tenía que ver con la fidelidad y el adulterio, normativas sociales que se

¹³ Todo este relato fue extraído de Pozzi (2001: 252 a 254)

mantenían aparentemente incólumnes también a los embates de los proyectos de cambio social.

Generalmente, pese a que cuestiones tales como el ejercicio de la sexualidad sin implicancias de un contrato matrimonial para el caso de las mujeres o la convivencia de una pareja sin dicho contrato no era criticada ni impedida, las declamaciones que circulaban en la época en torno al “amor libre” no se aceptaban fácilmente dentro de algunos espacios de militancia.¹⁴ El concepto de adulterio, por ejemplo, no había perdido su vigencia y de hecho, algunas lo castigaban abiertamente. Las sanciones variaban de acuerdo al rol que cumpliera el o la “acusada”. Si ocupaban un espacio de dirección, el castigo podía consistir en su destitución del mando, aunque en los casos de liderazgo máximo no siempre ocurría. Si no estaban en tales cargos, entonces podían ser degradados a realizar tareas de menor importancia o a quedar desconectados de sus responsables políticos. Esto se vinculaba con una concepción muy tradicional en torno a la familia y más aún para las mujeres, en las limitaciones al ejercicio libre de su sexualidad¹⁵. Un semblante de ello se halla en el libro de Graciela Saidón sobre la vida de la militante montonera Esther Norma Arrostito.

Para la reconstrucción de su biografía, Saidón recurrió a Antonia Canizo, una de las personas más cercanas a Arrostito y una de las pocas sobrevivientes del grupo que luego daría nacimiento a la organización Montoneros. Cuando en una parte de la entrevista Saidón hizo referencia a la vida amorosa de Arrostito, quien se había casado joven y separado, y luego unido con Fernando Abal Medina hasta el momento en que éste fue asesinado en un tiroteo, la reacción de Canizo fue distintiva. La escritora le preguntaba si eran ciertos los dichos de Rodolfo Galimberti, uno de los líderes de la organización peronista, respecto de que Arrostito había estado manteniendo relaciones sexuales con él y con otro de los líderes montoneros, Mario Eduardo Firmenich, Canizo sostuvo: “O sea que era una puta. ¿Te das cuenta? No era una puta. De eso sí puedo dar fe. Además de compañera, militante, guerrillera, yo te puedo decir que no era así. Cuando leí el libro de Galimberti me dio una bronca tremenda, pero como Galimberti siempre fue una basura (...) nada me sorprende” (Saidón, 2005: 95).

En ese sentido, independientemente de lo que Arrostito hubiera hecho con su vida sexual, lo interesante de esta reacción es el uso del calificativo “puta”, no sólo porque está empleado aludiendo al ejercicio de la sexualidad activa femenina, sino porque se entiende que tal ejercicio deshonraría la imagen de una mujer sumamente comprometida con la militancia política y que además, fue torturada y asesinada en un centro clandestino de detención. Para Canizo, la imagen de la heroicidad femenina se entroncaría, de alguna forma, con una sexualidad asociada a la monogamia. Sus palabras denotan también las disputas en torno a la construcción del recuerdo de Norma Arrostito, presentada asimismo como una persona de conducta intachable durante su permanencia en la ESMA por sobrevivientes que pertenecieron a su misma organización política (Actis et al., 2006: 54)

Es probable que esta visión sobre el comportamiento sexual de las mujeres no fuera

¹⁴ De hecho, en el ya citado *Moral y Proletarización*, esta idea se rechazaba de cuajo por considerársela parte de la moral burguesa que, bajo el predicamento del “amor libre”, establecía “nuevas formas de esclavización de la mujer y de osificación de las relaciones entre ambos sexos” (De Sanctis, op.cit: 108).

¹⁵ En buena medida, la férrea moral que sobre ello y otros temas atinentes al comportamiento individual tenían los integrantes del PRT-ERP les valió el calificativo de *Monjes Rojos*.

unívoca en todos/as los/as militantes. Esto es que no todos/as consideraran que las mujeres que se acostaban con varios hombres fueran “putas”. También es posible que en el recuerdo expuesto se entrecruzara, teniendo en cuenta que el testimonio fue tomado en fechas recientes y no durante la década del setenta, la “normativización” de las relaciones entre los sexos basada en la tríada dios, patria y familia que la última dictadura militar procuró imponer socialmente. Pero también se puede pensar que esta palabra seguía funcionando como estigma para aquellas mujeres que desearan mantener relaciones sexuales “libres”.

Más aún disminuía la aceptación en lo atinente a la homosexualidad o el lesbianismo. Uno y otro eran tomados, generalmente y al igual que lo hacía el resto de la sociedad, como enfermedad, “desviación de las normas de la naturaleza” o, acorde la expresión de un militante del Partido Obrero, “una lacra del capitalismo” que iba a desaparecer una vez hecha la revolución.

Pero más allá de estas posiciones que dejaban incólumnes los tradicionales “diques” en torno al ejercicio de la sexualidad; más allá de las desigualdades existentes entre mujeres y varones; más allá de las tensiones entre viejos modelos de amar y nuevas propuestas; más allá de subordinaciones e insubordinaciones de distinto tipo; más allá de todo eso, las organizaciones político militares fueron construidas y sostenidas por mujeres que, a pesar de todo, apostaban a cambiar el mundo y su lugar en él. Podían estudiar, leer, asistir a las reuniones, incorporarse a los frentes legales o a la guerrilla y terminar haciendo lo que se esperaba “de su sexo”. Pero es probable que también asistieran a algún recital de rock y que no se perdieran, en la medida de lo posible, las idas y vueltas de los amores de Mónica y Rolando.

V.

Los proyectos en pugna y las disputas que atravesaron a la sociedad argentina durante las década de los 70 fueron mucho más amplios que aquellos que se jugaron en la escena que podríamos rotular como política. Ciertamente, las movilizaciones sindicales, los combates políticos, armados o no, las tomas de universidades, las marchas multitudinarias, fueron cruciales en el devenir de esa historia. Pero eso no debiera conducir a que nuestra mirada sobre ese pasado perdiera de vista que tal conflictividad fue dinamizada por varones y mujeres que militaron entre amores y desamores; que tuvieron relaciones de pareja sólidas, también paralelas, más o menos momentáneas, casi siempre militantes; que temieron por su vida, la de sus hijos/as, la de sus parejas y la de sus amigos/as. No debiéramos olvidar que quienes militaban en organizaciones político militares, además de tirar tiros, escuchaban *rock and roll*, o zambas o algún tanguito, y se enteraban también de lo sucedido en “Rolando Rivas (taxista)”.

Generalmente, los bienes surgidos de la industria de la cultura, tales como la música, el cine, la televisión o la publicidad, tienden a mostrar un campo de representación femenina en el que las mujeres son presentadas como víctimas, dependientes, débiles, objetos sexuales, de decoración o de intercambio. Sin embargo, esos mismos bienes culturales sugieren paradójicamente, aunque a cuenta gotas, la existencia de otras figuraciones femeninas que contrastan con el discurso patriarcal. Así, hizo su aparición una Mónica Helguera Paz que desobedecía los mandatos de su padre, pero no tanto, mientras los coxis desentumecidos de Carola reivindicaban el amor libre. Por ello es posible pensar

la cultura como un espacio de disputas que, en contextos donde la conflictividad social se agudiza, además, permeabiliza críticas, cuestionamientos y búsquedas distintas a los tipos de relaciones prescriptas, aunque ello no logre cristalizar en nuevas concepciones.

Como se ha visto, algo similar sucedió con las relaciones afectivas entre los y las militantes dentro de las organizaciones político-militares. Por un lado, se pretendieron trazar nuevos vínculos amorosos “igualitarios” y “libertarios”, donde la retórica instituida sobre cómo debía ser el amor y sobre los pilares que lo debían sostener, se puso en debate. Pero por otro, esto convivió también en tensión con imaginarios tradicionales sobre el amor, las relaciones entre varones y mujeres, la mujer o la heterosexualidad. Pero en definitiva, esas tensiones, esas construcciones, fueron parte del mundo de la militancia, y como tal, parte del mundo de la política.

Bibliografía de referencia y fuentes:

- Actis, Munú et al. 2001 *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana)
- Andújar Andrea et al. (comp.) 2005: *Historia, género y política en los '70*. [http: www.feminaria.com.ar/temas](http://www.feminaria.com.ar/temas) contemporáneos.
- Andújar, Andrea: “Si nos dejan hablar”. *Las mujeres en las organizaciones político armadas en la Argentina*. 11th. Berkshire Conference on Women History, EEUU, 1999
- Cataruzza, Alejandro 2008 “El mundo por hacer” en *Lucha Armada en la Argentina*. (Buenos Aires, Año 4 Número 10).
- De Santis, Daniel 2006 *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos* (Buenos Aires, Nuestra América, Tomo I Volumen 2)
- Diana, Marta 1996 *Mujeres Guerrilleras*. (Buenos Aires. Editorial Planeta)
- Gómez Rosa 1996 Temas articuladores del género telenovela en Soto, María (coord.) *Telenovela/telenovelas. Los relatos de una historia de amor*. (Buenos Aires. Editorial ATUEL).
- Grammático, Karin 2005 “Las «mujeres políticas» y las feministas en los tempranos setenta: ¿Un diálogo (im)posible?” en Andújar, Andrea et al. *Historia, género y política en los 70* (Buenos Aires: Feminaria)
- Grammático, Karin 2007 “La Agrupación Evita. Apuntes de una experiencia política de mujeres en Bravo, María Celia et al.: *Historias de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la argentina, siglos XIX y XX*. (Tucumán, EDUNT)
- Mazziotti, Nora (comp.) 1993 *El espectáculo de la pasión. Las telenovelas latinoamericanas*. (Buenos Aires, Editorial Colihue)
- Martínez, Paola: *Las mujeres en los proyectos revolucionarios de la década del '70. Análisis desde una perspectiva de género de la organización político-militar PRT-ERP*. Ponencia presentada en las V Jornadas Nacionales de Espacio, Memoria e Identidad. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Rosario, octubre 2008
- Pozzi, Pablo 2001 “Por las Sendas Argentinas...” *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*”. (Buenos Aires, EUDEBA)

- Pozzi, Pablo 1996 “Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP” en *Taller. Revista de Sociedad , Cultura y Política* (Buenos Aires, Vol. 1, Nro. 2)
- Pujol, Sergio 2007 *Las ideas del rock. Genealogía de la música rebelde* (Rosario, Homo Sapiens).
- Saidón, Gabriela 2005 *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito*. (Buenos Aires, Editorial Sudamericana)